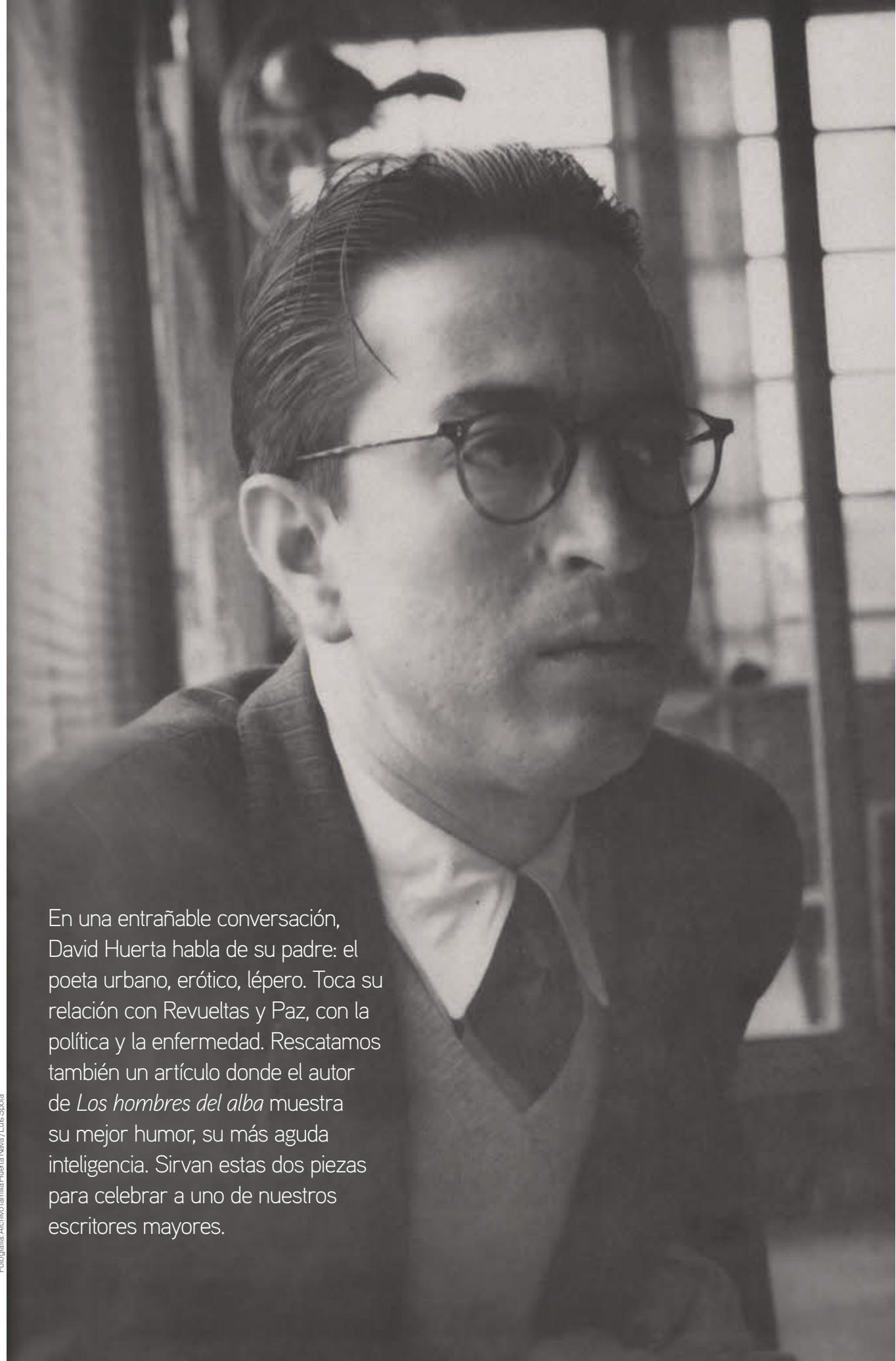

CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ
MICHAEL

28

LETRAS LIBRES
JUNIO 2014



En una entrañable conversación, David Huerta habla de su padre: el poeta urbano, erótico, lépero. Toca su relación con Revueltas y Paz, con la política y la enfermedad. Rescatamos también un artículo donde el autor de *Los hombres del alba* muestra su mejor humor, su más aguda inteligencia. Sirvan estas dos piezas para celebrar a uno de nuestros escritores mayores.



CIEN AÑOS
EFRAÍN
HUERTA

EFRAÍN HUERTA, PADRE Y POETA MAYOR

Entrevista con David Huerta

amigos Revueltas y Paz. Uno, José, su hermano comunista. El otro, Octavio, el amigo de toda la vida: las diferencias políticas no lograron separarlos pues los unía una fraternidad superior, la de la poesía. Fue, además, testigo de boda de Efraín: “Octavio Paz Lozano, empleado público, 27 años”, consta en el acta.

Así, David lee *Los hombres del alba* (en su opinión y en la de los especialistas, el libro más pleno de Efraín), repasa las mitologías del poeta urbano y del inventor de los antipoéticos poemínimos, pero también las del bardo patrio y erótico y “lépero”. David recuerda al padre divorciado que visitaba a su primera familia y cómo por allí se aparecían, imperativos, los David Alfaro Siqueiros y, “renegados”, los fantasmas de Victor Serge. O rememora reconciliaciones con flo es sobre la tumba de Xavier Villaurrutia, tras batallas acres y ruidosas, como las de Efraín con los Contemporáneos y, después, las imaginadas por Roberto Bolaño, de “los detectives salvajes” –apadrinados por Huerta– contra Paz. Hace mucho tiempo, desde que David publicó *Incurable* en 1987, algunos creemos que acaso el hijo, por su propio camino, acabó por ser un poeta más grande que el padre. Lo cual complica todo, con Wordsworth y con Revueltas, el hijo es el padre del hombre, el hijo del hombre es el padre del poeta... Con ustedes, David Huerta Bravo, entrevistado a principios de este año, en la Casa del Poeta “Ramón López Velarde”, que alberga muchos de los libros que fueron de Efraín Huerta.

“¿Qué hace el poeta joven con los poetas mayores?”, se pregunta David Huerta (1949) con Harold Bloom y, en su caso, se pregunta otra vez: “¿Qué hace el poeta joven con el poeta mayor que es además su padre biológico?” El problema no es fácil para nadie y cada familia –hay familias de poetas como familias de músicos, me decía alguna vez otro poeta hijo de poeta– lo resuelve a su manera. Tampoco fue fácil para mí conversar con David, uno de mis amigos más cercanos desde hace 32 años, sobre su padre, Efraín Huerta (1914-1982), cuyo centenario se celebra en este bienaventurado año de 2014, con el de sus

¿Qué significan para ti los cien años de Efraín Huerta?

Es una impresión muy grande pensar en la edad que él tenía cuando yo nací: 35 años. Mi padre fue un padre tardío, es decir un hombre que ya había caminado un trecho considerable de su vida, y que en términos poéticos estaba en un punto de madurez extraordinario. Si recordamos bien, en 1944, cuando tenía treinta, publicó su libro central, *Los hombres del alba*, un volumen que es al mismo tiempo de juventud y de madurez. Se trataba, quiero decir, de un hombre en su plenitud que ya había publicado su libro más importante cuando fue padre. Y ahora han pasado setenta años desde la publicación de *Los hombres del alba*, un aniversario que también tenemos que celebrar. Mi padre no fue solo un testigo sino uno de los protagonistas del siglo XX mexicano y creo que su centenario –al igual que en los casos de Octavio Paz y José Revueltas– nos presenta una oportunidad única para realizar un balance de su legado.

¿En qué momento te diste cuenta que tu papá era un poeta? No se trata siempre de un descubrimiento inmediato.

El ambiente en la casa estaba lleno de discursos, de conversaciones, a veces de discusiones, algunas muy agrias. Y esto era más que evidente por el barrio en el que vivíamos. Yo lo llamo un “gueto gremial”, porque ahí habían construido sus casas varios periodistas, escritores y editores. En esa nebulosa de oficios era un poco difícil distinguir a mi padre de vecinos tan parecidos a él. Al principio, yo no sabía en qué consistía esa semejanza y no podía por lo tanto discernir la diferencia. Debo decir que en la casa naturalmente se leía, nadie obligaba a nadie a leer, y se hablaba de libros y de lo que aparecía en el periódico. Creo que descubrí la condición de poeta de mi padre cuando descubrí a otros poetas que estaban de alguna forma cerca del ámbito familiar por razones no solo literarias sino políticas. Darme cuenta de sus inclinaciones artísticas me llevó al descubrimiento de su condición de poeta, porque mi padre era amigo de pintores como David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera. Recuerdo que cuando Siqueiros estuvo en la casa, yo era muy niño, y produjo en mí una profunda antipatía porque preguntó si mi nombre se debía a él. Mi padre lo negó categóricamente y le explicó que me había puesto ese nombre por las resonancias bíblicas. En mi familia hay muchos nombres judíos del Antiguo Testamento –Efraín, David, Raquel, Sara–; parece un pequeño seminario sobre estudios bíblicos.

¿Qué edad tenías cuando descubriste al poeta Huerta?

Es un poco difícil saberlo. Supe que mi padre era poeta cuando descubrí la poesía, porque allí estaban los libros de Efraín junto con los de Carlos Pellicer, Salvador Díaz Mirón, Octavio Paz, que él me daba a leer. Siempre he dicho que nunca he leído tanta poesía como entre los diez y los quince años. Fue en esos años cuando descubrí la condición de poeta de mi padre.

¿Cómo era la relación con tu padre esos primeros años?

Debo decir que cuando yo nací la familia vivía en la calle de José María Iglesias, cerca del Monumento a la Revolución.

Nos mudamos a la Segunda Colonia del Periodista cuando yo era muy niño y muy poco tiempo después mis padres se separaron. Dada la situación, mi padre estaba y no estaba; es decir, no vivía con nosotros pero visitaba regularmente la casa. A pesar del divorcio no fue un padre distante. Se ocupaba de nuestra educación, de nuestros problemas y de las necesidades que teníamos. Mi madre, Mireya Bravo, era una mujer extraordinaria y nunca nos habló mal de mi padre, pero era inevitable cierta tensión entre ellos. Además prácticamente todos los vecinos eran amigos de mi papá o conocidos y me decían con frecuencia: “¿Cómo está tu papá? ¿Lo has visto? Mándale saludos.” De modo que Efraín era también un vecino de la colonia Periodistas a pesar de que no vivía ahí.

¿Hubo en tu caso la proverbial crisis adolescente de enfrentamiento a la figura paterna?

Sí hubo una crisis y yo pasé malos ratos en mi adolescencia, sobre todo en el momento de descubrir mi vocación. Me refie o al hecho de que uno quiere empezar a hacer lo que admira en los demás. Y en este caso uno se da cuenta de que va a tener que competir con el padre porque va a ser inevitable la comparación. Mi padre fue muy discreto con mi educación poética, que más bien delegó en amigos en los que confiaba como Carlos Illescas, Juan Bañuelos y algunas otras personas. Ese elemento del que hablan algunos críticos como Harold Bloom –“¿Qué hace el poeta joven con los poetas mayores?”– en mi caso fue: “¿Qué hace el poeta joven con el poeta mayor que es además su padre biológico?” Es un problema que se va resolviendo poco a poco. Yo estoy tranquilo con la figura de mi padre porque sé que –como dice Eliot en un pasaje famoso– es uno de esos hombres que uno no puede aspirar a emular. Eso me da una enorme tranquilidad porque, contra lo que podría pensarse, no me lleva a renunciar a escribir sino a tratar de escribir lo que yo puedo.

¿Cómo juzgarías la relación entre tu padre y la política, la relación entre tu propia poesía y la suya, cuando tú ya empezaste a publicar?, ¿cuál era su actitud?

Su actitud era de cierta prudencia: no quería dirigir lo que yo escribía. Podía confundirse con una cierta distancia e incluso con un cierto desinterés, pero muy pronto me demostró que no era así. Nuestra relación fue muy cordial, incluso me refie o a él con naturalidad por su nombre de pila. Aunque a veces digo “mi padre”, lo más natural es referirme a él como Efraín. Curiosamente Efraín, en sus últimos años, me llamaba “viejo”. Era una forma cordial de tratarme. Sobre lo que preguntas, creo que juzgar su vida, su política y su poesía con una mirada retrospectiva puede ser un poco cruel y poco indulgente. Cometió errores brutales en términos filosóficos, ideológicos y políticos pero no era una mala persona. Tengo la impresión de que los estalinistas que traté en mi infancia y en mi adolescencia eran personas brillantes que habían caído en un error abismal y algunos de ellos tuvieron tiempo de corregirlos. Quiero creer que mi padre murió después de corregir internamente esas actitudes. En mi caso, haber crecido entre comunistas, no todos ellos estalinistas, provocó en mi interior una larga

“purga” para desestalinizarme. Uno de los capítulos de ese proceso fue mi traducción de *El caso Tuláyev*, la novela de Victor Serge, un militante que se encontraba en el extremo opuesto al de la izquierda de mi padre y de sus camaradas. Se trataba de un disidente de la izquierda oficial que murió solitario y abandonado.

¿Qué pensaba de Serge la gente cercana a ti?

Lo que se decía de Victor Serge en los círculos familiares, amistosos, políticos y literarios de mi ámbito familiar no era muy agradable. Se referían a él con una palabra que en aquellos tiempos equivalía a traidor: “renegado”. Era una palabra infamante, como decir “descastado”. En esa circunstancia, haber traducido un libro de Victor Serge era, al menos en mi fuero interno, un acto de rebeldía. Al paso de los años y conforme he seguido la obra de Serge, he descubierto que esa izquierda disidente del oficialismo soviético también tenía sus bemoles: eran machistas y a veces muy impacientes con la poesía.

Cuando aparentemente la KGB envenena al hijo de Trotski en París, Serge estaba en la ciudad y ve llegar a dos grupos de trotskistas franceses que estaban peleados a muerte. Y lo indigna ver que ambos grupos siguen sin mirarse y sin dirigirse la palabra durante el sepelio. Al final, cuando ve que cada grupo canta “La Internacional” por su lado, no lo soporta y decide alejarse de la IV Internacional.

Si yo vuelvo la mirada a la obra de mi padre —por ejemplo a *Los hombres del alba*— me doy cuenta de los inmensos conflictos que significó escribir y publicar ese libro. Está escrito en contra de las directivas del partido y, al mismo tiempo, es totalmente ajeno al comunismo internacional. En el libro hay, por supuesto, zonas explícitas de comunismo —las huelgas victoriosas, los obreros, etc.— pero no se trata de un libro de poesía civil o de protesta. Los “hombres del alba”, a los que alude el título, no son los proletarios que van a hacer la revolución, sino aquellos que en el lenguaje del marxismo son llamados “el lumpenproletariado”. Son asesinos, violadores, hombres que viven en la noche, los marginados dentro de los marginados. Es un libro que es posible relacionar con una buena parte de la obra literaria de José Revueltas. Quizá suena exagerado decirlo de este modo, pero los “hombres del alba” son los protagonistas de las novelas de Revueltas.

¿Qué recuerdos tienes de la amistad entre Revueltas y tu padre?

José Revueltas y Efraín Huerta se conocieron a principios de los años treinta. Como sabemos, Revueltas había estado preso en las Islas Marías debido a sus actividades políticas y eso provocó que se le considerara una figura levemente heroica. Tanto Revueltas como Efraín eran provincianos; se conocieron en la ciudad de México, se identificaron en la militancia y eso dio origen a una relación muy intensa. Hay algo que no se tiene muy presente y es el hecho de que Revueltas escribió también poemas. Uno de los primeros que aparecen en *El propósito ciego*, el libro que editó José Manuel Mateo, está dedicado a Efraín Huerta. Se llama “Nocturno de la noche”. Este poema muestra los alcances de su amistad.



Hay dos momentos, uno literario y otro personal, que a mí me gustaría destacar para ilustrar un poco la intensidad de esa relación: Efraín Huerta le dedicó a Revueltas un poema sobre Angela Davis con estas palabras: “para mi hermano José Revueltas, que está en Lecumberri”. Y luego, algunos años más adelante le dedicó un poema que se llama “Revueltas, sus mitologías”. Es ahí donde dice de nuevo en términos fraternales: “mi hermano José Revueltas, que todo lo ve con sus ojos de diamante”, una imagen extraordinaria. El otro momento fue durante el entierro de Revueltas en 1976, cuando Víctor Bravo Ahuja, entonces secretario de Educación Pública, pronunció un discurso que impacientó a los antiguos camaradas y a los viejos amigos de prisión de José Revueltas. Martín Dozal lo interrumpió y le dijo: “Ya no queremos oírlo, señor. Usted representa al gobierno que encarceló y persiguió a José Revueltas.” Mi papá estaba profundamente emocionado y enojado. Me acuerdo que daba patadas en el suelo, en un gesto de impaciencia (como no podía hablar, debido a una operación de la garganta, todos sus gestos eran corporales). Efraín se identificaba con Martín Dozal, pero también tenía cierta consideración por la persona que acompañaba al secretario de Educación, que era Rosaura Revueltas, la hermana de José. El turbulento José Revueltas tuvo también un entierro turbulento y esa misma turbulencia afectó a su hermano Efraín Huerta. A la distancia, aún no acabo de entender lo que mi papá sentía, pero debe haber sentido muchas cosas al mismo tiempo. Solo hubo una manera de detener el discurso del secretario de Educación y fue comenzar a cantar “La Internacional”.

Con referencia a otro de los autores cuyo centenario conmemoramos este año, ¿cómo fue la relación de Efraín Huerta y Octavio Paz?

Hay que tomar en cuenta que Octavio Paz vivió muchísimos años fuera de México. La intensidad de esa amistad quedó un poco atenuada por la distancia física. Sin embargo, se trató de una relación muy fuerte, sobre todo porque se dio en el ámbito de la Preparatoria nacional, que no es el



Entrega del Premio Xavier Villaurrutia en 1975: David Huerta, Francisco Zendejas, Alicia Reyes y Efraín Huerta.

mismo entorno en el que se desarrolló la hermandad con Revueltas. La amistad que trabaron mi padre y Octavio se consolidó muy pronto, en los años treinta. Algunos años más adelante —cumplido ya el ciclo de *Taller* y antes de irse de México—, Octavio firmó como testigo en la boda de mis padres. “Octavio Paz Lozano, empleado público, 27 años”, dice el documento. Es un dato simpático y muy conmovedor, porque mi papá siempre lo quiso mucho. Aunque tenían prácticamente la misma edad, mi padre y los otros integrantes de *Taller* siempre reconocieron la dirección intelectual de Octavio Paz en las empresas editoriales y literarias. Ya en la madurez, cuando ambos eran poetas reconocidos, se empezó a insinuar que eran enemigos poéticos puesto que tenían distintas actitudes políticas. Esto es absurdo, su poesía se parece muchísimo. Las diferencias poéticas existen porque son obras originales, pero el origen común (la herencia inmediata de las vanguardias en los años treinta, la atención a la poesía de Juan Ramón Jiménez y de Pablo Neruda) es muy fácil de documentar. Las diferencias políticas están a la vista: Octavio Paz rompió muy pronto con el estalinismo y sin embargo el mismo Paz aclaró, en su recuerdo de Huerta, que la política los había separado pero que la poesía siempre los mantuvo unidos. Es una de las expresiones más hermosas que he leído sobre esta relación. Y la prueba es que en una lectura pública que hicieron varios poetas en el Palacio de Minería, un grupo de muchachos antipacianos, los ahora famosos infrarrealistas, quisieron interrumpir la lectura de Octavio Paz y quien se levantó a callarlos fue Efraín Huerta.

Efraín había sido operado de la garganta y no podía hablar. El signo para callar a los infrarrealistas fue abrazar a Octavio.

Octavio Paz pudo leer sus poemas porque, por decirlo de algún modo, Efraín estaba protegido de los infrarrealistas. Efraín Huerta, a su vez, “protegió” a Paz de esos muchachos, haciéndolos callar con gestos muy enérgicos; luego, Paz y mi padre se dieron un abrazo. Ignoro si los infrarrealistas

entendieron lo que estaba pasando ahí, ojalá lo hayan entendido porque estaban frente a dos amigos, frente a dos camaradas poéticos; lo que no borra las diferencias políticas, por supuesto. Este mito del distanciamiento entre Efraín y Octavio fue reforzado por la aparición de *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, donde hay claras insinuaciones de que había una enemistad poética entre ellos, fruto de las diferencias políticas. No sé si Bolaño documentó sus ocurrencias novelísticas y, aunque a mí me gusta mucho la novela, debo aclarar que esto que insinúa no es verdad.

Respecto al trato que Efraín tenía con otros escritores, ¿no es un poco gracioso que las bibliotecas de Huerta y Novo estén juntas en la Casa del Poeta “Ramón López Velarde”?

Me parece que es justicia poética. Quizá los lectores no lo sepan, pero en los años treinta el campo cultural mexicano estaba tajantemente dividido entre “rojos” y “azules”, digámoslo así. Los “rojos” eran los artistas que tenían una relación intensa con el pueblo y los “azules”, aquellos que se habían desentendido del sufrimiento de las masas. Es una división maniquea que albergó polémicas muy agrias y muy violentas. Efraín Huerta participó en esta guerra atacando a los Contemporáneos, porque representaban esa exquisitez, esa distancia con el pueblo, aunque luego reconoció que los admiraba, en especial a Novo y a Villaurrutia. El hecho es que después de esta enemistad, Huerta tuvo el valor de acercarse a los Contemporáneos y hacer las paces con ellos. Aunque en su momento había atacado a Villaurrutia, muerto ya el poeta, mi padre le llevaba flores al cementerio. Y en el caso de Novo, este le mandaba a mi padre los sonetos que le escribía todos los fines de año. Eran amigos, yo estuve con ellos alguna vez y hablaban con mucha cordialidad. De modo que después de las trifulcas espantosas de los años treinta, que estas dos bibliotecas estén juntas es justicia poética.

Volviendo a los libros, me gustaría que hablaras un poco de ese Efraín de los años sesenta que se vuelve de alguna manera el poeta de la ciudad de México.

¿Cómo se gestó esa poética?

Yo creo que Efraín desconocía la ciudad conforme esta crecía. Ya no era la ciudad de 1944, la ciudad de *Los bombres del alba*, y, a la vez, era la misma. Para él fue un acontecimiento tremendo la construcción del metro, que entendió como la irrupción de lo que ahora llamamos modernidad. En 1968 aparece la primera gran compilación poética de mi padre: *Poesía 1935-1968*. Ese mismo año, como sabemos, ocurre el movimiento estudiantil. *Poesía 1935-1968* se vuelve un libro emblemático porque representa una línea divisoria entre el Huerta juvenil y el Huerta maduro. En este momento Huerta adquiere una cierta popularidad como poeta de la ciudad, como un poeta que utiliza —según apuntó Octavio Paz— un “lenguaje fuerte”. Para ejemplificar este lenguaje fuerte, podemos recordar una frase que Efraín usa para referirse a una ladrona en un autobús público: “La del pier-nón bruto me rebasó por la derecha”; esto no tiene nada que ver con la poesía de Juan Ramón Jiménez y es, sin embargo, uno de los rasgos de la poesía de madurez de Huerta. En los tiempos de la preparatoria nacional le decían “El flac

neuras”, lo que significaba que no era un hombre de sonrisa fácil ni mucho menos de carcajada. En cambio el Efraín Huerta maduro es un hombre muy dicharachero, alburero, que cultiva con cierta malicia la poesía callejera y lo hace con mucho acierto. Es importante señalar que Efraín Huerta nunca dejó de escribir poemas de registro grave, incluso trágico. A su primer registro, se agrega una poesía desenfadada, descarada, antisolemne, pero el registro serio no se extingue.

¿Cuál sería la génesis de *Amor, patria mía*, uno de los pocos grandes poemas mexicanos (junto con algunos de Pellicer) en ese terreno tan difícil de la poesía cívica?

Yo pienso que hay una decisión de fundir la experiencia erótica y la experiencia ante la sociedad, y en este caso ante la historia del país. No es un poema rojo, es un poema civil que quiere contar o recontar la historia patria. Es una conversación de sobrecama acerca de la historia nacional que el poeta le da a su amante, y empieza con un guiño literario cervantino, que no puede ser más claro ni más antisolemne: “En un lugar de tu vientre / de cuyo nombre no quiero acordarme, / deposité la seca perla de la demencia.” Esto tiene que ver con la intimidad erótica de una pareja según suele tratarla la poesía. Pero lo que sigue es sorprendente: el amante le empieza a contar la historia nacional y resulta especialmente conmovido con las vidas de Hidalgo y de Morelos. Efraín decidió no utilizar comillas ni letra cursiva para las citas que hacía de documentos históricos, con la intención de hacerlas parte del poema. “No se extrañe el lector —advierte en el prólogo— que va a descubrir el lenguaje arcaico del siglo XIX en un poema moderno. Es que he tomado pasajes del acta de excomunión de Hidalgo, de las crónicas de su fusilamiento, y las he integrado a mi poema como si fueran versos míos”; más o menos eso dice. *Amor, patria mía* es un poema que todavía necesita ser examinado con cierto detenimiento. Al final hay unas líneas que a mí me sobrecogen. Efraín Huerta termina el poema describiendo el país en estos términos: “...la temerosa y vibrante / llanura de sombras que es / nuestra patria.” Algo que por desgracia tiene plena vigencia en nuestros días.

¿Qué piensas de los poemínimos?

Me gustaría mencionar que su origen no es nada festivo ni jocoso. Efraín Huerta tuvo en los años setenta una crisis de salud muy grave: debido a un cáncer, le extrajeron la laringe y por lo tanto perdió la voz. El gran conversador, el gran hacedor de chistes, de ocurrencias, perdió la voz, fue una verdadera tragedia. Durante el tiempo que estuvo hospitalizado, él se comunicaba por escrito con nosotros; como ya no nos podía pedir de viva voz lo que necesitaba, lo escribía, y a veces los chistes que hacía verbalmente los hacía por escrito. Ese es el origen de los poemínimos. La gran cantidad de poemínimos que conocemos se escribieron a raíz de esas hospitalizaciones y de la pérdida de la voz que sufrió Efraín Huerta.

Hay grandes teorías sobre los poemínimos. No sé si encuentres, por ejemplo, alguna relación con la antipoesía. Pertencen a esa misma intencionalidad poética, epigramática, con raíces en la Antigüedad clásica y es también poesía breve, memorable. Tienen una relación también con

el albur. José Emilio Pacheco los describía de este modo: “Es como ver trabajar a las tejedoras de Oaxaca: no porque parezca muy fácil le sale a uno un bordado como el que ellas hacen.” Es verdad. Hay muy pocos poemínimos buenos, auténticos, que no sean de Efraín Huerta. Son una expresión popularista y muy atinada de la poesía hecha por un poeta culto con estas intenciones epigramáticas y memorables. Han salido del ámbito literario y eso a veces representa una gloria paradójica, porque se recuerdan los poemas pero se olvida el nombre del autor. Eso ha ocurrido con los poemínimos: se han vuelto parte del habla popular, de la memoria verbal de la gente. Y no solo en las conversaciones: hay una película de Alfonso Cuarón (*Solo con tu pareja*), donde cada sección es presentada a través de un poemínimo. Destino curioso el de una forma literaria que alcanza zonas fuera de los libros.

Supe que como parte de los festejos y conmemoraciones del centenario del nacimiento de Efraín Huerta se va a publicar una antología general. ¿Esta recopilación incluye algo de su prosa?

Originalmente iba a ser una antología general de su prosa y de su poesía, pero los editores del Fondo de Cultura Económica decidieron que lo mejor era concentrarse en la prosa; la antología la ha hecho Carlos Ulises Mata, notable ensayista. Además de esta antología de la prosa de Efraín Huerta, se hará una reedición de su poesía completa en la más o menos nueva colección Poesía. Se va a publicar también una iconografía preparada por Emiliano Delgado y se reeditará la antología que hace algunos años elaboró Carlos Montemayor.

¿Qué se va a recuperar de la prosa de Efraín?

Hay mucho periodismo político (un buen ejemplo es *Aurora roja*, la edición realizada por Guillermo Sheridan). La Universidad de Guanajuato publicó también una compilación muy extensa de la crítica cinematográfica de Huerta. Pequeños ensayos de tema literario, artículos de costumbres, intentos de prosa narrativa publicados en la revista *Taller*, semblanzas, comentarios de muy diversos tipos y conferencias. Parte de este material es lo que contendrá la antología.

Finalmente, ¿cómo fue la relación con Efraín en sus últimos años, cuando tú ya escribías una poesía muy distinta de la suya?

A Efraín le gustaron mucho algunos libros míos y sobre todo uno que se llama *Versión*. Hay una historia un poco incómoda de contar con ese libro: siendo jurado de un concurso, Efraín me quiso dar un premio por *Versión*, y yo por fortuna me enteré antes de que eso sucediera. Lo fui a ver a su casa y le dije: “No puedes hacer eso, nos vamos a crear cientos de enemigos.” No lo pude convencer y recurrí a los buenos oficios de mi hermana Eugenia, que es muy severa y que lo hizo desistir de su intención. Recuerdo una parte de mi conversación con Efraín mientras intentaba disuadirlo: “¿Cómo supiste que el libro era mío si estaba firmado con pseudónimo?”, le pregunté, y él me respondió: “Pues de todos los poetas concursantes solo tú usas la palabra ‘intersticios’.” Había cierta malignidad en esa broma poético-familiar. —

Crestomatía ingenua

EFRAÍN HUERTA



Ilustración: LETRAS LIBRES / Oliver Flores

35

“Lo que al fin miramos nos ahogó la voz entera. Guiados por un extraordinario instinto, con las trompas cavaban la tierra debajo del árbol que sostenía la hamaca, mordían las raíces y seguían minando como roedores enormes y presurosos. Bien pronto caería el árbol y con él nosotros, entre las fie as. Desde aquel instante ya no pensábamos ni hablábamos; con la desesperación consumimos nuestros últimos tiros; matamos más animales feroces, pero los otros, renovando su actividad, parecían dotados de inteligencia; no cesaban en su acometida contra el árbol, no obstante que sobre ellos concentrábamos el fuego.”

Se trata del párrafo más escalofriante del cuento “La cacería trágica” de José Vasconcelos, recogido por Manuel Lerín y Marco Antonio Millán en *29 cuentistas mexicanos actuales* (México, 1945). “Éramos cuatro compañeros [empieza así el relato] y nos distinguíamos con el nombre de nuestras respectivas nacionalidades: el Colombiano, el Peruano, el Mexicano; el cuarto, nativo del Ecuador, por brevedad le llamábamos *Quito*.”

La cacería trágica se desarrolla en las riberas del río Marañón (norte del Perú), uno de los grandes ríos que forman el caudal del Amazonas. Los cuatro cazadores se instalan en plena selva: “Nuestras cuatro hamacas habían sido amarradas por uno de sus extremos a un solo árbol, firm aunque no muy grueso, y a partir de este eje, en dirección divergente, se sostenían por la otra extremidad en diversos troncos.”

Cuando por miles aparecen los chanchos (jabalíes americanos), los cazadores emprenden una endemoniada matanza; pero la invasión de los chanchos no termina nunca y los cuatro hombres miran que la noche se viene encima. Cae la densa noche tropical, y es al alba cuando los cazadores descubren la implacable tarea de los chanchos. Finalmente, las bestias triunfan, pero el narrador, el Mexicano, se salva gimnásticamente:

...estimulado por el terror, sin darme cuenta de mis actos, colgándome del extremo alto de la hamaca, me balanceé en el aire y con salto extraordinario logré asirme de una rama del árbol frontero al que los chanchos cavaban; de allí pasé a otras ramas y a otras, reviviendo en mi organismo habilidades que ya la especie ha olvidado. Poco después,

un ruido pavoroso y gritos inolvidables me anunciaron la caída del árbol y el triste fin de mis compañeros.

Formidable hazaña la del sobreviviente. A estas horas, ya un poco caricaturesca; hazaña de cómic, ciertamente. Solo faltó que el Mexicano saltase de liana en liana vociferando como Tarzán: ¡Mangani Kriiiga tarmanganí!, que significa algo así como ¡Los grandes monos atacarán a los blancos!

Lo importante es la frase “reviviendo en mi organismo habilidades que ya la especie ha olvidado”, que nos conduce de libro en libro y de página en página hacia otras alturas salvadoras y nada grotescas. En su libro *Antes de Adán* (versión en español de Fernando Valera, Buenos Aires, 1946), Jack London nos inquieta con sus preocupaciones oníricas, y expone razonamientos bien cargados de lógica. A los sueños y a las pesadillas hay que cazarlos —más o menos explicarlos— de manera trágica. Tiene la palabra Jack London: “...ahí tenéis el sueño de la caída en el espacio, conocido de todo el mundo prácticamente, por experiencia propia y directa. Mi profesor me dijo que esto era un recuerdo racial, originario de nuestros antecesores, que vivían en los árboles. La posibilidad de caerse era para ellos una eterna amenaza. Muchos perderían la vida de esa manera; todos debieron experimentar horribles caídas, salvándose al agarrarse a las ramas cuando rodaban hacia el suelo”.

Ahora bien; tales caídas de ese modo remediadas habían de producir necesariamente un golpe. El golpe produciría cambios moleculares en las células cerebrales. Estos cambios se transmitirían a las células cerebrales engendradoras, convirtiéndose así en recuerdos de raza. De modo que, cuando tú y yo, lector, durmiendo o adormecidos, nos caemos a través del espacio y nos despertamos a la conciencia normal fatigados, en el instante mismo en que habíamos de chocar contra el suelo, no hacemos más que recordar lo que les sucedió a nuestros antecesores arbóreos, que se ha grabado en la herencia de la raza a causa de los cambios cerebrales.

Todo esto no es ni más ni menos extraño que el instinto mismo. Un instinto no es más que un hábito estampado en la trama de la herencia. Bueno será hacer notar de pasada que en este nuestro sueño de la caída en el espacio, tan común para

LETRAS LIBRES
JUNIO 2014

ti, para mí y para todos, nunca chocamos contra el suelo. El choque habría sido la muerte. Nuestros antecesores, cuando chocaran contra el suelo, morirían. El golpe de su caída se comunicaría, claro está, a las células cerebrales; pero murieron antes de dejar descendencia. Tú y yo somos descendientes de los que no chocaron contra la tierra; he aquí por lo que tú y yo no sentimos nunca el golpe en nuestros sueños.

(En *Playboy* apareció hace mucho tiempo, un cartón situado en el Medio Pleistoceno: dos tipos miran a otro, y uno explica: “¿El tipo ese que no tiene cola? Dice que se llama Adán”).

En Jack London, las bestialidades no tienen fin, al menos en el libro que ha resultado básico en esta crestomatía. En un momento determinado, el novelista revela no tener de su madre sino muy vagos recuerdos. La vaguedad, aquí, resulta siniestramente singular, y más aún si se piensa que ninguna solterona idiota —¿o era una mamá feliz?— había inventado la celebración del Diez de Mayo. London es más realista y, desde luego, mucho mejor escritor que un José Vasconcelos apenas capaz de calificar como “inolvidables” los gritos de sus compañeros de cacería despedazados por los colmillos de los chanchos.

La pesadilla es la siguiente paso a paso entre la sucia maleza de la peor indigestión londoniana, o tal vez a los 43 días de la alcoholizada más feroz de su libro *John Barleycorn*, o *Memorias de un alcoholista*:

De repente oigo un sonido. Me incorporo y escucho. Permanezco inmóvil. Los pequeños murmullos se apagan en mi garganta y quedo sentado, como si fuera de piedra. El sonido se aproxima. Es como el gruñir de un cerdo. Empiezo entonces a sentir el ruido que produce el movimiento de un cuerpo entre los breñales. Veo agitarse en seguida los helechos al paso de aquella masa corpórea. Luego se abren las ramas y percibo unos ojos brillantes, un largo hocico y dos blancos colmillos.

Era un jabalí. Me observaba curiosamente. Gruñó una o dos veces y trasladó el peso de su masa de una a otra pierna, moviendo al mismo tiempo la cabeza de uno a otro lado, agitando los helechos. Yo seguía como petrificado, contemplándole fijamente, sin pestañear, y lleno de pavor el corazón.

Parece como si lo que esperara de mí fuera esta inmovilidad y silencio. No debía gritar ante el temor. El instinto me lo decía y por eso permanecía inmóvil, esperando, no sabía qué. El jabalí apartó las ramas y avanzó hacia el descampado. Resplandecía la curiosidad en sus ojos, que relampagueaban cruelmente. Agitó su cabeza amenazándome y avanzó un paso más. Y luego otro, y otro... Entonces grité o ululé. No puedo describirlo; era un grito terrible y penetrante. También parece que ahora era esto lo que de mí se esperaba. Mis chillidos habían desconcertado por el momento a la bestia, y mientras que esta se detenía indecisa y trasladaba el peso de su masa de una pierna a otra, se presentó sobre nosotros una aparición.

Parecía un gran orangután o como un chimpancé, y sin embargo, mostrábase muy diferente en ciertos rasgos que saltaban a la vista. Era mi madre. Tenía la contextura más pesada que aquellos y estaba menos poblada de pelos. No

eran tan largos sus brazos ni tan corpulentas sus piernas. No llevaba más vestido que su pelambre natural. Puedo asegurarnos que era una verdadera furia cuando se excitaba.

Y como una furia se arrojó sobre la escena...

Natural, creíble, puesto que todo ocurre en sueños y en los cenagosos tiempos de la Horda. Solo así se explica el inminente ataque de los jabalíes y la aparición, en el aire, del padre:

Llegaba a través de los árboles, saltando de rama en rama y de árbol en árbol, velocísimamente... Criatura peluda y cuadrúmana, aullaba encolerizado, y deteniéndose de cuando en cuando para golpear el pecho (Tarázán, que ni qué) con el puño agarrotado, saltando espacios de diez y quince pies. Se agarraba con una mano a una rama y cruzaba balanceándose para asirse a otra con la opuesta mano y seguir avanzando, sin vacilar nunca en su carrera arbórea.

Todo ocurría Antes de Adán. Pero nada nos impide continuar de bestia en bestia. Casi siempre, a las tres de la mañana (anoche sucedió alrededor de las cinco), los leones de Chapultepec organizan un estruendoso concierto. Sus rugidos atruenan la noche de Polanco. A veces, los pavorreales intervienen, y algún insomne elefante suele barritar en forma ininteligible. Al director de teatro Carlos Barreto, que precisamente dirigió la cruel pieza de Edward Albee *La historia del zoológico*, le conté mis diálogos con los leones, y se enfureció porque no le quise revelar nada de nada. A cada quien su propio bestiario.

Suelo sospechar que quien inquieta a los leones por las noches es Tito Monterroso. En sus muestras de gratitud a quienes se dieron ayuda para escribir *La oveja negra y demás fábulas*, menciona a varias personas; no olvida a nadie, a nadie sin cuya generosa colaboración no habría podido ser escrito el libro, “y mucho menos sin el libre acceso [Tito no especifica la hora del libre acceso] que las autoridades del Jardín Zoológico de Chapultepec, de la ciudad de México, permitieron al autor, con las precauciones pertinentes en cada caso, a diversas jaulas y parques del mismo, a fin de que pudiera observar *in situ* determinados aspectos de la vida animal que le interesaban”.

Monterroso desdeñó a los jabalíes, y recordó al cerdo doméstico y a la no menos doméstica cucaracha. He aquí la breve historia de “La cucaracha soñadora”: “Era una vez una Cucaracha llamada Gregorio Samsa que soñaba que era una Cucaracha llamada Franz Kafka que soñaba que era un escritor que escribía acerca de un empleado llamado Gregorio Samsa que soñaba que era una Cucaracha.”

Luego nos cuenta la historia de un Cerdo perteneciente a la famosa piara de Epicuro, Cerdo ocioso, insolente odiado por Mulas, Asnos, Bueyes y Camellos. El Cerdo se revolcaba en el fango y se entretenía componiendo odas y escribiendo epístolas “en una de las cuales se animó inclusive a fijar las reglas de la poesía”.

Lo único que lo sacaba de juicio era el miedo de perder su comodidad, que tal vez confundía con el temor a la muerte, y las veleidades de tres o cuatro cerditas tan indolentes y sensuales como él.

Murió el 8 antes de Cristo.

A este Cerdo se deben dos o tres de los mejores libros de poesía del mundo; pero el Asno y sus amigos esperan todavía el momento de la venganza.

El Cerdo recordado por Tito Monterroso debe haber sido una bestia encantada. Un príncipe encantado... ¿Por qué no? Nunca se sabe qué hay detrás de una figura repulsiva.

Ahora hallamos lo siguiente: “El mercader se vuelve y ve a la Bestia, que se parece a un gran señor, con cara y manos de animal montés...”

El párrafo está tomado de una especie de sinopsis que antecede al *Diario* que llevó el poeta Jean Cocteau durante la filmación, en 1945, de la película *La Bella y la Bestia*.

En el texto original del cuento de madame Leprince de Beaumont (1711-1780), la Bestia solo recibe estas palabras definitivas: “Al mismo tiempo oyó (el mercader) un gran ruido y vio venir hacia él a una Bestia tan horrible, que casi se desmayó.”

Cuando Bella conoce a la Bestia, “no pudo evitar un estremecimiento cuando vio la horrible figura...”

Però el final de un cuento de hadas es el final de un cuento de hadas. El hada buena devuelve a la Bestia su espléndida figura de príncipe. Bella y el príncipe exBestia se desposan, viven mucho tiempo en perfecta felicidad, porque está construida sobre los cimientos de la virtud.

Parece el final, pero no es así, porque cierto tiempo más tarde, un escritor norteamericano de agudísima sensibilidad y diabólico buen humor, se dio a la tarea de esclarecer algunos desenlaces y relatarnos justamente lo que ocurrió después de que la princesa y el príncipe contrajeron nupcias. Trátase de John Erskine, neoyorquino puro, autor de ese juego delicioso y maravilloso que se llama *La vida privada de Helena de Troya*, y de otro libro no menos encantador —el que ahora nos preocupa— titulado *La hija de Cenicienta y otras historias aclaradas*, vertido al español por B. Hopenheim y publicado en Buenos Aires en 1946.

Si bien los niños no debieran leer *La hija de Cenicienta*, a los adultos no deja de inquietarnos el problema. John Erskine tampoco es muy explícito en, por ejemplo, la descripción de la Bestia. Al robar la rosa, el mercader escucha ruidos. “Allí, casi encima, había una bestia asquerosa, abarcando el ancho del camino, y con las garras listas.”

(Todos deben recordar a Jean Marais en el papel, doble papel, que Jean Cocteau le encomendó en la película *La Bella y la Bestia*. Aunque en el papel de Bestia fue doblado algunas veces, el maquillaje es inolvidable, impresionante: su llanto, su agonía y su bondad...)

Bueno, pues, ¿pero qué pasó con aquella felicidad construida sobre los cimientos de la virtud?

Un día, Bella y su padre se entrevistan. Bella es una mujer apenada. Bella no pide diversiones, porque tiene más de lo que necesita. Pero, ay, su confesión rebasa los límites del más exquisito patetismo: “...al principio era interesante. Es decir, mientras fue una bestia. Por supuesto que estoy contenta de que mi amor lo haya librado del encantamiento, devolviéndole su forma natural; contenta por él, quiero decir, pero para mí es penoso.”

Naturalmente, el viejo pide aclaraciones:

—Te lo puedo decir en dos palabras, padre. Mientras era una bestia, yo no sabía realmente qué era y aunque me trataba suavemente, ¿cómo podía estar segura de que no se separaría de mí en cualquier momento? Mi vida colgaba de un hilo hora tras hora y ahora te digo, padre, que jamás volveré a pasar momentos de tanta emoción. Pero apenas volvió a su forma normal, comprendí que sus modales serían tan regulares como el tic-tac del reloj, y que ya no tenía nada que esperar.

Sin proponérselo, Bella está haciendo la apología del aburrimiento, del tedio, del hastío. Bella aceptó a su esposo porque era una bestia. Ahora lo considera, nada más, un buen hombre, lo cual constituye la mayor tragedia en un matrimonio. Un buen hombre: la tibieza, lo plano, lo chato, conyugalmente hablando. Si Bella hubiera querido un príncipe, los habría examinado uno por uno. Podía haber mejores.

“Realmente, lo único que lo distingue es que una vez fue bestia”, concluye Bella. Y su padre, fumando su pipa, le aclara que ya es demasiado tarde para que ella encuentre su verdadero destino. Entonces surge Bella la Femenina, la Bestia con faldas:

—¿Demasiado tarde? ¡Ya inventaré una manera de salir, antes de llegar a vieja!”

Por un lado, el príncipe no disimula su decepción. El metiche viejo padre de Bella lo entrevista y he aquí el amargo desahogo:

—Su hija me sirvió para poner fin al encantamiento, y me reconozco obligado por esa deuda, pero dudo que tal circunstancia sea suficiente para alimentar una pasión duradera. Me salvó una vez, pero aquel episodio ha terminado, y ahora yo tengo que vivir con ella, quizás no parezca galante, pero no puedo evitarlo. Si usted mismo cae al mar y una mujer lo saca, usted se siente en la obligación de darle cuanto posee, pero después cuando se la conoce, uno se pregunta qué derecho tiene a aprovecharse tanto de una caída.

Cunde el desaliento. John Erskine se ha mostrado cínicamente cruel al imaginarse semejante desenlace. Nada ilógico, por otra parte. El cuento de hadas se ha transformado en un cuento de negrísimo humor. Sin embargo, hemos sido víctimas de un encantamiento. Ya juntos los tres, el padre de Bella, Bella y el príncipe, los esposos sostienen un altercado. El padre considera prudente dejarlos en su bélica paz. Continúa el pleito, hasta que Bella decide abandonar al Príncipe y este la coge del cuello y le pone el puño derecho bajo la barbilla como advirtiéndole: “En mi casa mando yo.”

Gran escena, formidable escena. Bella y el príncipe solamente estaban haciendo teatro ante el viejo padre. La engañifa ha sido total, si bien no ha carecido de gracia y... aristocracia. El final augura una nutrida descendencia: “...lo besó para darle las buenas noches, y él le devolvió el beso, y una cosa llevó a otra, y allí estaban encerrados uno en brazos del otro, compartiendo la felicidad perfecta.”

Menos mal. —

“Crestomatía ingenua I”, *El Heraldo de México*, 7 de febrero 1971.